

Cristián SAHLI LECAROS, *¿Te atreverías a ir a Chile? Una semblanza de Adolfo Rodríguez Vidal*, Madrid, Rialp, 2017, pp. xvi-352.

El autor, sacerdote chileno de la Prelatura del Opus Dei, es licenciado en Derecho por la Universidad de los Andes (Santiago de Chile) y doctor en Derecho canónico por la Pontificia Universidad de la Santa Cruz (Roma). En una nota al inicio del libro, señala que conoció al biografiado ya anciano y que, por lo que había oído hablar de él, se decidió a investigar y escribir su vida. La finalidad de esta publicación, en palabras de Sahli, ha sido «mostrar las virtudes del protagonista y contribuir al mejor conocimiento de la historia del Opus Dei en Chile» (p. 12).

Adolfo Rodríguez Vidal (Tarragona, 1920 – Santiago, 2003) llegó a Chile en marzo de 1950 para dar a conocer el Opus Dei, institución de la Iglesia Católica, cuyo fin es difundir la radicalidad del mensaje cristiano: todo bautizado está llamado a la santidad. Por ende, el cristiano corriente ha de buscar la unión con Dios en su vida cotidiana: en el trabajo, en la vida familiar y social, en el cumplimiento de sus deberes ordinarios. Rodríguez Vidal era entonces un joven sacerdote español, de 30 años, ordenado hacía dos. Era ingeniero naval y había estudiado además en la Facultad de Ciencias, en la sección de Físico-Matemáticas y Físicas en Madrid.

La llegada del Opus Dei a Chile se debió a la petición del cardenal arzobispo de Santiago, José María Caro (1866-1958) y del arzobispo de La Serena, Mons. Alfredo Cifuentes Gómez (1890-1989). Este último, junto a su secretario Raúl Pérez Olmedo, durante su visita *ad limina* al Vaticano en 1946, confiaron sus inquietudes sobre las necesidades espirituales de Chile a Mons. Giovanni Battista Montini (futuro Pablo VI), que les recomendó dirigirse a Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei.

Rodríguez llegó a Santiago en marzo de 1950. Quince meses después llegó un laico del Opus Dei, luego otros. La primera actividad de Rodríguez en Chile fue la puesta en marcha de una residencia universitaria masculina, ya que correspondía a la petición hecha por Pérez Olmedo a Escrivá de Balaguer. En noviembre de 1953 aterrizó en Santiago un grupo de cuatro mujeres que pertenecían al Opus Dei. Poco a poco se fue extendiendo el trabajo de la Obra y comenzaron a pedir la admisión personas chilenas, solteras y casadas.

A través de un relato sencillo y ágil, Sahli narra la vida de Rodríguez, que por muchos años fue el representante del presidente general o bien del prelado del Opus Dei en Chile (consiliario o bien vicario regional, conforme al cambio de nomenclatura a raíz de la erección del Opus Dei como prelatura personal). A la par, se relata el desarrollo de los apostolados puestos en marcha por los fieles del Opus Dei y sus amigos, ya que estaba intrínsecamente relacionado con las tareas de Rodríguez. Cabe destacar la capacidad de trabajo y la tenacidad del sacerdote, combinadas con un carácter reservado. Las ocupaciones de gobierno iban unidas a la atención pastoral de los fieles del Opus Dei y de quienes se acercaban a las actividades de formación cristiana.

Otro aspecto del trabajo de Rodríguez al servicio de la Iglesia en Chile fue la predicación de retiros a sacerdotes diocesanos y la tarea de dirección espiritual con la que ayudaba a algunos de ellos. Añadió a ello la realización de estudios de Derecho canónico en la Universidad de Navarra con dispensa de escolaridad. En 1965 obtuvo el doctorado, después de haber aprobado los cursos de los grados anteriores. Esta cualificación le permitió dedicar parte de su tiempo al Tribunal Eclesiástico de Santiago como abogado, y prestar servicios a la Conferencia Episcopal a través de informes o dictámenes. Al término del Concilio Vaticano II pronunció diversas conferencias públicas sobre las conclusiones de la asamblea y sobre diversos aspectos del magisterio pontificio. Con ocasión de la visita de Juan Pablo II a Chile, Rodríguez participó en un ciclo de lecciones preparatorias: la suya trató sobre la Virgen María en las enseñanzas del pontífice.

En 1988, cuando Rodríguez contaba con 68 años, fue nombrado obispo de Los Ángeles. Esta diócesis había sido creada en 1959 y Rodríguez fue su quinto obispo (1988-1994). La ciudad del mismo nombre, sede episcopal, se encuentra entre los ríos Laja y Bío Bío, 510 km al sur de Santiago. La zona incluía reductos de población indígena en áreas montañosas apartadas y población rural, a las que no abandonó en su ministerio. Rodríguez presentó su dimisión como obispo cuando los signos de la enfermedad que padecía le impidieron realizar su normal actividad.

Abordamos ahora algunos aspectos de contexto que en Sahli son escasos.

En primer lugar, la petición hecha a san Josemaría Escrivá de Balaguer de llevar el Opus Dei a Chile. Probablemente en el mismo viaje de 1946, Raúl Pérez Olmedo entregó una carta de parte del cardenal Caro, al padre Santiago Alberione, fundador de los paulinos, para que desarrollaran una actividad editorial en Chile. Esta petición estuvo precedida por otra hecha por el viceprovincial de la Compañía de Jesús en Chile, padre Álvaro Pedro Alvarado. Ese año estuvo en Santiago de Chile el sacerdote belga Joseph-Léon Cardij, fundador de la Juventud Obrera Católica, visita que dio inicio al periodo de especialización de la Acción Católica chilena. Sin mediar una invitación jerárquica, el sacerdote palotino alemán, Peter Josef Kentenich (1885-1968), viajó a Chile en 1947 y firmó el acta de fundación del movimiento Schönstatt en Valparaíso.

¿Cuál era la situación en Chile que motivó las invitaciones de la jerarquía de la Iglesia católica? En 1941, san Alberto Hurtado SJ, asesor de la Acción Católica, había publicado el libro *¿Es Chile un país católico?*, con el que quiso remover las aguas de un catolicismo formal y mostrar los desafíos a los que debían enfrentarse los católicos de a pie, para recristianizar la sociedad. Hurtado quería –a través de esas páginas– sacudir especialmente a los jóvenes para que se sacrificaran por su fe y su país. La falta de vocaciones sacerdotales era la causa de la anemia espiritual que afectaba a la población y el aumento de protestantes en el territorio. Se entiende, por lo tanto, que el card. Caro y Pérez Olmedo, entonces asesor de la Acción Católica y vicerrector de la Universidad Católica de Chile, buscaran diversas instituciones católicas que fueran a trabajar a Chile, porque faltaban brazos.

Una segunda pregunta se refiere a las menciones de las autoridades eclesiásticas chilenas. Entre los obispos chilenos contemporáneos a Rodríguez, son mencionados José María Caro Rodríguez, Alfredo Cifuentes Gómez (obispo de La Serena, 1943-1967), Raúl Silva Silva (obispo de Rancagua, 1963-1994), Francisco Valdés Subercaseaux OFM (obispo de Osorno, 1956-1982); los rectores de la Universidad Católica, Carlos Casanueva Opazo (1920-1953) y Alfredo Silva Santiago (1953-1967). Llama la atención que no aparezcan los arzobispos de Santiago sucesores al Card. Caro. Se señala que Rodríguez mantenía estrecho contacto con el Card. Caro y Mons. Emilio Tagle (administrador apostólico de la diócesis), que se explica fácilmente porque corresponde a quien lo invitó y acogió en los primeros años de estancia en Chile; y los rectores (entonces sacerdotes) de la Universidad, porque Rodríguez daba clases en esos años.

La obra de Sahli se apoya en material de archivo, sobre todo en las cartas de Rodríguez a sus padres y hermanos, y a Josemaría Escrivá de Balaguer y sus sucesores. Por las abundantes citas del epistolario, se deduce que Rodríguez se comunicaba más fácilmente por escrito.

Sahli no elogia al biografiado, simplemente entrega la información y deja al lector la conclusión: la grandeza del talante de Rodríguez. Sin embargo, como señala con sinceridad en la Nota con la que introduce la obra, esta se circunscribe a los aspectos positivos. Por ello, podríamos señalar que tiene cierto carácter hagiográfico. Este adjetivo no quita autoridad a sus afirmaciones, sino que señala los límites del estudio.

El libro incluye un útil mapa de Chile al inicio (en el que lamentablemente no está indicado el punto de localización de la capital) y varias fotografías. El apéndice de notas biográficas sobre las personas mencionadas en el relato ha sido un acierto. Nos permitimos sugerir la inclusión –en la próxima edición– de un índice de nombres.

Como afirmó José Miguel Ibáñez Langlois en una entrevista sobre esta publicación, «interesará este libro, primero, a los que conocimos directamente a don Adolfo, porque encontramos aquí tantas cosas que no sabíamos. Pero también, puesto que no había casi nada escrito sobre la historia del Opus Dei en Chile, y aunque el libro no sea propiamente esa historia, creo que es lo más cercano a ella que se ha escrito en forma narrativa y documentada» (*El Mercurio*, sábado 9 de septiembre de 2017, p. A15).

María Eugenia Ossandón W.